

CAPITULO XXXIX.

Aviso para las viudas.

San Pablo instruye todos los prelados en la persona de su Timoteo, diciendo: «Honra las viudas que son verdaderamente viudas.» Para ser pues verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

1. Que la viuda no solo sea viuda de cuerpo, sino de corazón. Esto es, que ha de vivir con una resolución inviolable de conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas que no lo son sino mientras esperan la ocasión de tornarse á casar, no están separadas de los hombres sino segun el deleite del cuerpo; pero están juntas con ellos segun la voluntad del corazón. Que si la verdadera viuda para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer á Dios en voto su cuerpo y su castidad, juntará sin duda un gran atavío á su viudez, y pondrá en gran seguridad su resolución; porque viendo que despues del voto no está más en su mano el dejar la castidad, sin dejar el paraíso, vivirá tan celosa de su promesa, que no dará lugar ni un solo momento en su corazón á los más simples pensamientos de casamiento; porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma y toda suerte de trazas contrarias á su resolución. San Agustín aconseja extremadamente este voto á la viuda cristiana; y el antiguo y docto Orígenes pasa aun más adelante, porque aconseja á las mujeres casadas hagan voto y se destinen á la castidad vidual (en caso que sus maridos viniesen á morir antes que ellas), para que entre los placeres sensuales que podrían tener en su matrimonio, puedan, no obstante, gozar del merecimiento de una casta viudez por medio desta anticipada promesa. El voto hace las obras hechas en su seguimiento más agradables á Dios, fortifica el ánimo para el hacerlas, y no solo da á Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad); pero le dedica aun la voluntad misma, que es como el árbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo á Dios, no dejando por eso de quedarnos la libertad de entregarle otra vez á los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto é irrevocable del, sin que nos reservemos ningún poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de Aquel cuya servidumbre es mejor que el mayor reino. Así como apruebo infinito los avisos destes dos grandes varones, así desearia tambien que las almas que fueren tan dichosas que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo examinado sus fuerzas, invocado la inspiración celeste, y tomado el consejo de algún sábio y devoto maestro; porque desta suerte todo se hará más fructuosamente.

2. Fuera desto, es necesario que esta renunciación de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con más pureza pueda poner toda su afición en Dios y juntar por todas partes su corazón con el de su divina Majestad; porque si el deseo de dejar los hijos ricos, ó alguna otra suerte de pretensión mundana, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios; porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza sino lo que se hace por Dios

3. Es menester aun más, que la viuda para ser verdadera viuda, esté separada y voluntariamente destituida de los contentos profanos. «La viuda que vive en placeres (dice san Pablo) está muerta en vida.» Querer ser viuda y gustar, no obstante esto, de que la enamoren y acaricien; querer hallarse en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, afeitada y muy compuesta; esto es ser una viuda viva cuanto al cuerpo, pero muerta cuanto al alma. ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adónis y del amor profano esté hecha de garzotas blancas (1) puestas á manera de penacho, ó de un velillo negro extendido á manera de redes, y al redor de la cara, si las más veces lo negro se pone con más vanidad sobre el blanco, para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mujeres pueden agradar á los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos más peligrosos. La viuda pues que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

«El tiempo de cortar ha venido; la voz de la tórtola ha sido oída en nuestra tierra,» dice el Cántico. El cortar las superfluidades mundanas es necesario á cualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente á la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, acaba de llorar, gemir y lamentar la pérdida de su marido. Cuando Noemi volvió de Moab á Belén, las mujeres de la villa, que la habian conocido al principio de su casamiento, decian unas á otras: «¿No es esta Noemi?» A que respondió ella: «No me llameis Noemi, os ruego» (porque Noemi quiere decir graciosa y hermosa); llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura;» lo cual decia por cuanto su marido era muerto. Así, que la viuda devota no quiere jamás ser llamada ni estimada ni por hermosa ni graciosa, antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde y mortificada á sus ojos.

Las lámparas que tienen el óleo aromático despiden de sí un más suave olor cuando las apagan la luz. Así las viudas cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso y aromático olor de virtud de castidad cuando su luz, esto es su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarle aun despues de su muerte, no puede desearse mas; grado es de amor, que solo pertenece á las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios quedando sin tal arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto pues se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se ha tenido en el casamiento.

La viuda que queda con hijos que tienen necesidad de su enseñanza y guía, y principalmente en lo que mira al alma y establecimiento de su vida, no puede ni debe abandonarlos; porque el apóstol san Pablo dice claramente que son obligadas á este cuidado, porque así paguen el mismo que sus padres y madres tuvieron; y tambien porque si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor

(1) puesto (Edición original.)

INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA.

que infiel. Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educación de sus madres, entonces la viuda debe poner toda su afición y pensamiento en aplicarlos más puramente á su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda á los embarazos exteriores, como son los pleitos, yo la aconsejo se aparte dellos de todo punto, y siga el método en el conducir sus negocios que sea más sosegado y modesto, aunque parezca no ser el más fructuoso: porque seria necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dejando aparte que los pleitos y otras tales marañas disipan el corazón y abren muchas veces la puerta á los enemigos de la castidad, mientras que por agradar á aquellos de cuyo favor tienen necesidad, usan de acciones y ademanes indevotos y desagradables á Dios.

La oración sea el continuo ejercicio de la viuda; porque, como no debe tener más amor sino para con su Dios, así tambien no debe tener casi más palabras sino para con su Dios. Y como el hierro, que impedido de seguir la atracción del iman por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo iman luego que el diamante se le aparta; así el corazón de la viuda, que buenamente no podia del todo arrojarse á su Dios ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego despues de su muerte correr con ardor y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo, como á imitación de la sagrada Esposa: «¡Oh Señor! ahora, que soy toda mía, recibidme toda por vuestra; llegadme cerca de vos; corremos, Señor, al olor de vuestros unguentos.»

El ejercicio de las virtudes propias á la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciación de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos y de tales suertes de vanidades; el servicio de los pobres y enfermos, la consolación de los afligidos, la introducción de las doncellas á la vida devota, el hacerse un verdadero ejemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas (a). La limpieza y la simplicidad son los dos atavíos de sus vestidos, la humildad y la caridad los dos atavíos de sus acciones, la honestidad y mansedumbre los dos atavíos de su lenguaje, la modestia y honestidad el atavío de sus ojos, y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pe-

(a) aux jeunes femmes es lo que dice el original francés.

queña violeta de marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificación; procura siempre hallarse en los lugares quietos y solos, por no ser combatida de la conversación de los mundanos, y conservar mejor la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras, y asimismo de los amores, la podrían acarrear. «Será la tal bienaventurada (dice el Apóstol) si persevera desta suerte.»

Podria decir otras muchas cosas cerca deste sujeto; mas habrélo dicho todo cuando habré dicho que la viuda, celosa de la honra de su estado, lea con atención las doctas epístolas que el gran san Jerónimo escribe á Furia y á Salvia, y á todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas, que merecieron el ser hijas espirituales de un tan gran padre; porque no se puede añadir cosa á lo que él dice, sino este advertimiento: que la verdadera viuda no debe jamás ni menospreciar ni censurar á las que pasan á segundas, ó asimismo á terceras ni cuartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener siempre delante los ojos esta doctrina de los antiguos, que ni la viudez ni la virginidad tienen puesto en el cielo, sino aquel que les es señalado por la humildad.

CAPITULO XL.

Una palabra á las vírgenes.

No tengo, ó vírgenes, que deciros sino solas estas tres palabras, porque por ellas podréis percibir lo demás. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás pues celosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazón entero y sincero, un corazón usado, trasegado y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama á las castas y virginales bodas espirituales, y que quieres para siempre conservar tu virginidad, — conservarás tu amor lo más delicadamente que puedas para este Esposo divino, que como es la pureza misma, no ama cosa tanto como la pureza, y á quien las primicias de todas las cosas son debidas, y principalmente las del amor. Las epístolas de san Jerónimo te abundarán de todos los avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga á la obediencia, escogerás una guía espiritual, debajo de cuya educación puedas más santamente dedicar tu corazón y tu cuerpo á su divina Majestad.

CUARTA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN LOS AVISOS NECESARIOS CONTRA LAS TENTACIONES MÁS ORDINARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Que no nos debemos emborazar con las palabras de los hijos del mundo.

Luego que los mundanos conocerán que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra tí mil efectos de su maldiciente lengua. Los más malignos calum-

niarán tu mudanza, diciendo que es hipocresía, superstición y artificio; dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges á Dios; tus amigos procurarán con todas veras hacerte infinitas amonestaciones, muy prudentes y caritativas á su parecer. «Vos vendréis á dar (dirán otros) en algún humor melancólico; perderéis el crédito con el mun-

do, haréis insufrible, envejeceréis antes de tiempo, padecerán vuestros negocios domésticos. Menester es vivir en el mundo como en el mundo. Salvamos podemos muy bien sin tantos misterios; y otras mil sofisterías á este tono.

Filotea mia, todo esto no es sino una loca y vana charlatanería; tales personas no tienen ningún cuidado ni de tu salud ni de tus negocios. «Si tú fueras del mundo (dice el Salvador), el mundo amaría lo que es suyo; mas por cuanto no eres del mundo, por esto te aborrece.» Vemos muchas veces hombres y mujeres particulares pasar la noche entera, y aun muchas noches continuadas, en jugar al ajedrez y á los naipes. ¿Hay por ventura atención más desabrida, melancólica y triste que esta? No; mas, no obstante esto, los mundanos no lo reprobarán ni los amigos lo afearán. Y por la meditación de una hora, ó por vernos levantar un poco más de mañana que lo ordinario para prepararnos á la comunión, todos correrán al médico para sanarnos del humor melancólico y de la tercia. Pasarán treinta noches en los bailes y danzas, y no habrá quien se queje; y por solo haber velado la noche de Navidad, no habrá quien no tosa y se queje de todo el cuerpo el día siguiente. ¿Quién dejará de ver que el mundo es un juez inicuo, gracioso y favorable para sus hijos, y áspero y riguroso para con los hijos de Dios?

No podremos pues estar bien con el mundo sino perdiéndonos con él, ni es seguro ponernos á contender con él, porque es demasiado de bizarro. «Juan es venido (dice el Salvador) no comiendo ni bebiendo, y tú dices que está endemoniado; el Hijo del hombre ha venido comiendo y bebiendo, y tú dices que es samaritano.» Verdad es, Filotea, que si nos dejamos llevar por condescendencia á la risa, al juego y á la danza con el mundo, que el tal se escandalizará; si no lo hacemos, nos acusará de hipocresía ó melancolía; si nos componemos ó ataviamos, lo interpretará á algún malicioso designio; si andamos humildes y sin ningún adorno, lo atribuirá á poquedad y vileza de corazón; nuestros regocijos serán llamados dél disoluciones, y nuestras mortificaciones tristezas: y mirándonos, desta suerte, de mal ojo, jamás le podremos ser agradables. Engrandece nuestras imperfecciones y las publica por pecados; de nuestros pecados veniales hace mortales, y nuestros pecados de enfermedad los convierte en pecados de malicia. En lugar que (como dice san Pablo) «la caridad es benigna, al contrario el mundo es maligno;» la caridad nunca piensa mal, y al contrario el mundo siempre piensa mal; y cuando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan los carneros cuernos ó no, ya sean blancos ó negros, no por eso el lobo dejará de comerlos, si puede.

En cualquiera cosa que hagamos, siempre el mundo nos hará la guerra: si nos tardamos mucho delante el confesor, admirará la tardanza y dirá que es lo que podemos decir tanto tiempo; si nos tardamos poco, dirá que no nos acusamos por entero. Expiará todos nuestros movimientos, y por la menor palabra de cólera afirmará que somos insufribles; el cuidado de nuestros negocios le parecerá avaricia, y nuestra mansedumbre necesidad. Y cuanto á los hijos del mundo, su

cólera será generosidad, su avaricia casería, sus demasiadas familiaridades, entretenimientos honrados. Las arañas ofenden siempre y dañan la obra de las abejas.

Dejemos este ciego, Filotea, grite cuanto quisiere, como la lechuza, para inquietar los pájaros del día. Seamos firmes en nuestros designios, constantes en nuestras resoluciones: la perseverancia hará bien ver si es cierto y verdadero el habernos sacrificado á Dios y dedicado á la vida devota. Los cometas y los planetas son casi igualmente luminosos en apariencia; mas los cometas se desaparecen en poco tiempo (por cuanto no son sino ciertos fuegos pasajeros), y los planetas tienen una claridad continua y perpétua. Así la hipocresía y la verdadera virtud tienen entre sí, y cuanto á lo exterior, grande semejanza; mas diferénciase fácilmente la una de la otra: y esto porque la hipocresía, como acción prestada, no puede durar largo tiempo sin ser conocida, y así se pierde y disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme y constante. No nos es pequeña comodidad, para mejor asegurar el principio de nuestra devoción, el recibir oprobrio y calumnia, porque por este medio evitamos el peligro de vanidad y soberbia, que son como las parteras de Egipto, á las cuales el Faraon infernal mandó matasen todos los hijos varones de Israel el mismo día de su nacimiento. Somos crucificados en el mundo, y el mundo debe sernos crucificado; él nos tiene por locos, tengámosle por desatinado.

CAPITULO II.

Que debemos tener buen ánimo.

La luz, aunque hermosa y deseada de nuestros ojos, los encandila y deslumbra despues que han estado largo espacio en alguna grande oscuridad; y antes que nos familiaricemos con los habitantes de alguna extraña tierra, por corteses y apacibles que los tales sean, no dejaremos de hallarnos por algun tiempo algo extraños. No dudo, querida Filotea, sino que en esta mudanza de vida sentirás muchos asaltos y contradicciones en tu interior, y que aquella grande y general despedida que has hecho de las locuras y boberías del mundo te causará algun resabio de tristeza y cobardía. Si esto te sucediere, ten un poco de paciencia, que no será nada, ni otra cosa sino un poco de espanto, que la novedad acarrea; pasado esto, tendrás cien mil consuelos. Enfadarate (puede ser) al instante el dejar la gloria que los locos y burladores te daban en tus vanidades. Mas ¡oh Dios! ¿querrás tú perder la eterna y verdadera que Dios te dará? Los vanos embebecimientos y pasatiempos en que empleaste los años pasados se representarán aun á tu corazón, para cebarle y hacerle volver de su banda. Pero ¿tendrías tú ánimo de renunciar esta dichosa eternidad por tan engañosas liviandades? Créeme, Filotea, que si perseveras no tardarás en recibir mil dulzuras cordiales, tan regaladas y agradables, que confesarás que el mundo no tiene sino hiel en comparación desta miel, y que un solo día de devoción vale más que mil años de la vida mundana.

Mas bien ves que la montaña de la perfección cristiana es en extremo alta; pues ¡pobre de mí! (dirás tú) ¿cómo podré subir á ella? Animo, Filotea. Cuando las pequeñas mosquillas de las abejas comienzan á tomar

forma, no saben volar sobre las flores ni montes ni sobre las colinas vecinas para juntar la miel; pero poco á poco, criándose de la misma miel que sus madres las preparan, vienen á criar alas y fortificarse de manera, que despues vuelan á buscarla por todo el país. Verdad es que nosotros, siendo pequeñas abejas en la devoción, no podríamos subir segun nuestro intento, que no es menor que de llegar á la cima de la perfección cristiana; mas si comenzamos á tomar forma por nuestros deseos y resoluciones, las alas nos comenzarán á salir. Menester es pues esperar que algun día seremos abejas espirituales y que podremos (1) volar en la perfección. Criémonos en este ínter de la miel de tantos saludables consejos y santa doctrina como los antiguos devotos nos han dejado; y roguemos á Dios que él nos dé plumas como de paloma, para que no solo podamos volar durante el tiempo de la vida presente, pero tambien reposar en la eternidad de la futura.

CAPITULO III.

De la naturaleza de las tentaciones, y de la diferencia que hay entre el sentir la tentación y consentir en ella.

Imagina, Filotea, una joven princesa, amada en extremo de su esposo, y que algun mal intencionado, para perderla y manchar su cama nupcial, la envía algun infame mensajero de amor, persuadido á que trate con ella su dañado intento. Lo primero, el tal mensajero propone á esta princesa la intención de su amo. Lo segundo, la princesa agradece ó desagrada la proposición y la embajada. En tercero lugar, ó ella consiente ó ella rehusa. Así Satanás, el mundo y la carne, viendo una alma desposada con el Hijo de Dios, la envían tentaciones y sugerencias, por las cuales:

1. El pecado le es propuesto.
2. Y sobre esto, ella se agrada ó se desagrada.
3. Y en fin, ella consiente ó rehusa, que son las tres gradas para bajar á la iniquidad: la tentación, la delectación y el consentimiento. Y aunque estas tres acciones no se conocen tan manifestamente en todas otras suertes de pecado, no por eso dejan de conocerse palpablemente en los grandes y enormes pecados. Cuando la tentación de cualquier pecado que sea durase toda nuestra vida, no podría la tal hacernos desagradables á la Majestad divina, con tal que ella no nos agrade y que no la consintamos. La razón es, por cuanto en la tentación nosotros no hacemos, sino sufrimos; y pues no recibimos placer, no podemos tampoco tener ninguna suerte de culpa. San Pablo sufrió mucho tiempo las tentaciones de la carne, y no solo por esto no fué desagradable á Dios, sino antes fué Dios glorificado por tal medio. La bienaventurada Angela de Foligny sentía tan crueles tentaciones carnales, que pone lástima cuando las cuenta. Grandes fueron tambien las tentaciones que sufrió san Francisco y san Benito, cuando el uno se arrojó en medio de las espinas y el otro dentro de la nieve para mitigarlas; y no por eso perdieron en nada la gracia de Dios, antes la aumentaron en mucho.

Menester es pues, Filotea, mostrarte muy animosa

(1) volver en la perfección. (Edición original.)

en medio de las tentaciones, y no darte jamás por vencida mientras las tales te desagraden, observando bien esta diferencia que hay entre sentir y consentir: esto es, que las podemos bien sentir, aunque las tales nos desagraden, mas no las podremos consentir sin que nos sean primero agradables, porque el placer de ordinario sirve de escalon para llegar al consentimiento. Pongámonos pues los enemigos del alma cuantos cebos quisieren, ó quédense siempre á la puerta de nuestro corazón procurando entrarse en él, ó ya nos hagan cuantas proposiciones quieran; que mientras tuviéremos resolución de no agradarnos de ninguna de sus proposiciones y halagos, no es posible que ofendamos á Dios: (2) no más que el príncipe, esposo de la princesa que he representado, no puede con razón tomar á mala parte el mensaje que la fué propuesto, con tal que con él no recibiese ninguna suerte de placer ó gusto. Hay, con todo esto, esta diferencia entre el alma y esta princesa, tocante á este sujeto: que la princesa, habiendo oído la proposición deshonesta, puede (si quiere) despedir el mensajero y no oírle más; pero no está siempre en el poder del alma el no sentir la tentación, aunque esté siempre en su poder el no consentirla. Por esto pues, aunque la tentación dure y persevere mucho tiempo, no nos puede dañar mientras la tal nos fuere desagradable.

Mas cuanto al deleite que puede seguir á la tentación, por cuanto tenemos dos partes en nosotros, la una inferior y la otra superior, y que la inferior no sigue siempre la superior, sino que antes hace su hecho aparte; sucede muchas veces que la parte inferior se deleita en la tentación, sin el consentimiento de la superior y contra su voluntad. Esta es la disputa y guerra que el apóstol san Pablo describe cuando dice que su carne pelea contra su espíritu, que hay una ley de los miembros y una ley del espíritu; y semejantes cosas.

¿No has visto nunca, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza, que cuando vienen diez ó doce horas despues á buscar lumbre, no hallan sino una poca en medio della, y aun esa no sin trabajo; mas no por eso dejaba de haberla, pues se halló, pudiendo con ella despues encender todos los otros carbones ya muertos? De la misma manera es la caridad, que es nuestra vida espiritual en medio las grandes y violentas tentaciones: porque la tentación, como pone su delectación en la parte inferior, cubre al parecer toda el alma de ceniza, y trae el amor de Dios á gran mengua, sin que este se muestre en ninguna parte, sino en medio del corazón, en el fondo del espíritu, y aun parece que no está allí, y así, con trabajo viene á hallarse. Pero en fin está allí, porque aunque todo esté alborotado en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tenemos la resolución de no consentir en el pecado ni en la tentación; porque el deleite que agrada á nuestra alma en lo exterior, desagrada en lo interior; y aunque esté al rededor de la voluntad, no por eso está dentro della: en que se ve que tal deleite es involuntario, y siendo tal, no puede ser pecado.

(2) así como el Príncipe (La impresión de Sancha, enmendando este como otros galicismos de QUEVEDO en la traducción.)

CAPITULO IV.

Dos ejemplos importantes cerca deste sujeto.

Impórtate tanto entender bien esto, que no dificultaré el alargarme en su explicacion. El mozo de quien habla san Jerónimo, que acostado y atado con bandas de tafetan bastantemente fuerte sobre una cama bien mullida, se via provocado con toda suerte de inmundos tocamientos y atramientos de una insolente mujer, la cual se habia acostado con él, solo por hacer titubear su constancia, ¿quién duda sino que el tal sentiria extraños movimientos carnales? Estarian sus sentidos sin duda asaltados del deleite, y su imaginacion en extremo ocupada de la presencia de los objetos deleitosos. Pues no obstante esto, en medio de tantos alborotos y en medio de una terrible borrasca de tentaciones, muestra claro que su corazon no está vencido, y que su voluntad (la cual se siente rodeada de tantos deleites) no consiente en ellos de ninguna manera,—porque su espíritu, viéndolo todo rebelado contra él, sin que tenga más ninguna parte de su cuerpo sujeta á sí sino la lengua, se la cortó con los dientes, y la escupió sobre la cara desta alma deshonesta, la cual atormentaba la suya por medio del deleite, más cruelmente que hubiera podido el más fiero verdugo con los más rigurosos tormentos. (1) Tambien el tirano, que pensaba vencerle por medio de los dolores, pensó sujetarle por medio destes placeres.

La historia del combate de santa Catalina de Sena, en un semejante sujeto, es en extremo admirable; esta es pues la suma. El espíritu maligno tuvo licencia del Señor para asaltar la honestidad desta santa virgen con la mayor furia que pudiese, con tal que de ninguna manera la tocara. Sembró pues toda suerte de lascivas sugerencias en su corazon, y para moverle con más vehemencia, viniendo con sus compañeros en forma de hombres y de mujeres, hacian mil y mil suertes de carnalidades y lubricidades á su vista, juntando con esto palabras y llamamientos deshonestísimos. Y aunque todas estas cosas fuesen exteriores, no obstante, por medio de los sentidos penetraban no poco dentro el corazon de la virgen; el cual (como confesaba ella misma) estaba tan ocupado, que no la quedaba más que la fina y pura voluntad superior, la cual no fué movida desta tempestad de sucio deleite carnal. Lo cual todo duró mucho tiempo, hasta que un dia nuestro Señor se la apareció, y ella le dijo: «¿Dónde estábades, mi dulce Señor, cuando mi corazon estaba lleno de tantas tinieblas y suciedades?» A lo cual la respondió: «Yo estaba dentro de tu corazon, hija mia.» «Y ¿cómo (replicó la virgen) habitabais vos dentro de mi corazon, dentro del cual habia tantas inmundicias? ¿Habitais vos pues por ventura en lugares tan deshonestos?» A lo cual la dijo nuestro Señor: «Dime, ¿estos sucios pensamientos de tu corazon, te daban placer ó tristeza, amargura ó deleite?» «Extrema amargura y tristeza (respondió la virgen).» «¿Quién era el que puso esta amargura y tristeza en tu corazon (replicó el Señor), sino yo, que estaba escondido dentro de tu alma? Cree, hija mia, que si yo no hubiera estado presente, que aquellos pensamientos que rodeaban tu voluntad no pu-

(1) Así el tirano, que desconfió vencerle por los dolores, pensó sujetarle por estos placeres. (C-D.)

diéndola rendir, la hubieran sin duda vencido, entrando dentro y siendo recibidos con placer del libre albedrío; por este medio hubieran dado la muerte á tu alma. Mas, por cuanto estaba yo dentro della, ponía este desplacer y resistencia en tu corazon, por cuyo medio rehusaba cuanto podia la tentacion; y no pudiendo tanto quanto querria, sentía en sí un mayor desplacer, y un mayor aborrecimiento contra ella y contra sí mismo. Y así estas penas eran de un gran merecimiento y una gran ganancia para tí, y de un gran crecimiento de tu virtud y fuerza.»

¿No ves tú, Filotea, cómo aquel fuego estaba cubierto de ceniza, y que la tentacion y deleite habian asimismo entrado dentro del corazon, y habian rodeado la voluntad; la cual sola, asistida de su Salvador, resistía con amarguras, desplaceres y detestaciones del mal que la habia combatido, rehusando perpétuamente el mostrar ni tener contento en el pecado que la rodeaba?

Oh Dios, y ¿cuánta tristeza tiene un alma que ama á Dios, en no saber si le tiene en sí ó no, y si el amor divino por el cual ella pelea está de todo punto muerto ó no en ella! Pero es la fina flor de la perfeccion del amor celeste el hacer sufrir y pelear el amante por el amor, sin saber si tiene el amor, para el cual y por el cual pelea.

CAPITULO V.

Dase ánimo y esfuerzo al alma que se halla en las tentaciones.

Filotea mia, estos grandes asaltos y estas tentaciones tan poderosas nunca son permitidas de Dios sino con las almas que quiere levantar á su puro y excelente amor; mas no por eso se sigue que después desto puedan quedar aseguradas de llegar á él, porque ha sucedido muchas veces que los que habian sido constantes en semejantes y violentos asaltos, no correspondiendo después fielmente con el favor divino, se han hallado vencidos en bien pequeñas tentaciones. Todo lo cual digo para que, si te sucediere hallarte afligida de alguna grande tentacion, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, por el cual muestra que te quiere engrandecer delante su presencia; mas que, con todo eso, te muestres siempre humilde y temerosa, no asegurándote de poder vencer las pequeñas tentaciones después de haber señoreado las grandes, sino es por medio de una continua fidelidad para con la Majestad divina.

Cualesquier tentaciones pues que te sucedan, y cualquier deleite que á las tales siga, mientras tu voluntad rehusare el contento no solo á la tentacion sino tambien al deleite, no tienes de ninguna manera que turbarte, porque en esto aun no tienes á Dios ofendido. Cuando un hombre está pasmado, y que no da más ninguna muestra de vida, pónle la mano sobre el corazon, y por poco que se sienta en él de movimiento se juzga que tiene vida, y que por medio de alguna agua preciosa ó alguna píctima le podrán hacer volver en su primera fuerza y sentido. Así sucede algunas veces que por la violencia de las tentaciones parece que nuestra alma ha caído en semejante desfallecimiento de sus fuerzas (2); mas, si quisieremos

(2) y que como pasmada, no tiene ni más vida ni más movimiento espiritual; (C-D.)

conocer lo que esto es, pongamos la mano sobre el corazon.

Consideremos si él y la voluntad tienen aun su movimiento espiritual (esto es, si hacen su deber en rehusar el consentir y seguir la tentacion y deleite); porque mientras el movimiento de la contradiccion está en nuestro corazon, seguros estamos que la caridad, vida de nuestra alma, está en nosotros, y que Jesucristo, nuestro Salvador, se halla dentro de nuestra alma, aunque escondido y cubierto. Así que, mediante el ejercicio continuo de la oracion, de los sacramentos y de la confianza en Dios cobraremos nuestras primeras fuerzas, y viviremos una vida cabal y apacible.

CAPITULO VI.

Cómo la tentacion y deleite pueden ser pecado.

La princesa de quien atrás hemos hablado, no fué culpada de la proposicion deshonesta que la fué hecha; pues que, como hemos presupuesto, la sucedió contra su grado. Mas si al contrario, hubiese por medio de algunos atramientos y halagos dado motivo al cance, intentando sembrar amor en el pecho del que la solicitaba, indubitablemente ella sería culpada aun en el haberla solicitado; y aunque se disimulase de melindrosa, no dejaria por eso de ser digna de reprehension y castigo. Así sucede muchas veces, que la sola tentacion nos pone en pecado, por cuanto somos causa della. Ejemplo: Yo sé que jugando, fácilmente juro y blasfemo, y que el juego me sirve para ello de tentacion; yo pecho todas y cuantas veces jugare, y soy culpado en todas las tentaciones que me sucedieren en el juego. De la misma manera, si yo sé que alguna conversacion me trae tentacion y es causa de que caiga en alguna falta, y voluntariamente la busco, indubitablemente seré culpado de todas las tentaciones que en ella recibiere.

Cuando el deleite que procede de la tentacion puede evitarse, será siempre pecado el recibirle, segun el placer que se toma y el consentimiento que se da, fuere grande ó pequeño, ó por largo ó breve espacio. No dejará de ser cosa reprehensible para la jóven princesa de quien hemos hablado, que no solo oiga la proposicion sucia y deshonesta que la fué hecha, sino que tambien después de haberla oido tome gusto en ella y entretenga con él su corazon; porque, aunque no quiera consentir á la ejecucion real de lo que la fué propuesto, consiente, no obstante, en la aplicacion espiritual de su corazon por medio del contento que recibe: y es siempre cosa deshonesta el aplicar ó el corazon ó el cuerpo á cosa deshonesta; y antes la deshonestidad consiste de manera en la aplicacion del corazon, que sin esta la aplicacion del cuerpo no puede ser pecado.

Cuando fueres pues tentada de algun pecado, considera si voluntariamente diste causa á ser tentada, porque en tal caso la tentacion misma te pone en estado de pecado por el peligro al cual voluntariamente te arrojaste. Y esto se entiende habiendo tú podido cómodamente evitar la ocasion y habiendo tú antevisto ó debido antever la llegada de la tentacion; mas, si no hubieres dado ningun motivo á la tentacion, no podrá de ninguna manera ser imputada á pecado.

Cuando el deleite que sigue á la tentacion ha podido ser evitado, y que no obstante no se ha evitado, habrá siempre alguna suerte de pecado, segun lo poco ó mucho que en él se hubieren detenido, y segun la causa del placer que hubiéremos tomado. Una mujer, la cual no habiendo dado ocasion de ser festejada y recibe gusto, no obstante esto, en serlo, no deja de ser reprehensible, si el gusto que recibe no tiene otra causa sino el solo festejo. Ejemplo: Si el galan que la festeja y enamora tañese por extremo un laud, y que ella recibiese gusto, no con las finezas y amor del que la solicita, sino con la dulzura y armonia del instrumento, en esto no habria pecado; bien es verdad que no debria continuar por mucho tiempo en este gusto, temiendo no pasar dél al deleite de ser solicitada. De la misma manera, si alguno me propusiese algun estratagemá llena de invencion y artificio, y esto para vengarme de mi enemigo, y que yo no tomase gusto, ni diese ningun consentimiento á la venganza propuesta, sino solo á la sutileza de la invencion del artifice, sin duda que yo no pecaria. Bien es verdad que no es acertado el embebecerme mucho en tal gusto, de miedo que poco á poco no me lleve al deleite de la venganza misma.

Sucede á veces ser asaltados de algun leve resentimiento de deleite, el cual inmediatamente sigue á la tentacion antes que buenamente se haya podido apercebir; y esto no puede ser sino un ligero pecado venial. El cual se hace mayor si, después que se ha percibido el mal en que se ha caído, se queda por negligencia algun tiempo como regateando con el mismo deleite si se debe ó no aceptar; y aun mayor, si en aperebiéndole se queda en él algun tiempo por verdadera negligencia, sin ninguna suerte de intento de rechazarle; porque luego que voluntariamente y con propósito deliberado nos resolvemos en agradarnos con tales deleites, este propósito mismo deliberado es un gran pecado, si el objeto por el cual recibimos el deleite fuere notablemente malo. Es un gran vicio en una mujer el querer entretener malos y lascivos amores, aunque realmente no quiera jamás abandonarse al enamorado.

CAPITULO VII.

Remedios para las grandes tentaciones.

Luego que sientas en tí algunas tentaciones, haz como los niños cuando ven el lobo ó el oso en la campaña, que al mismo punto corren á guarecerse entre los brazos de su padre y madre, ó por lo menos los llaman á su ayuda y socorro. Acude de la misma manera á Dios, y invoca su misericordia y socorro. Este es el remedio que nuestro Señor enseña: «Orad á fin que no entreis en tentacion.»

Si vieres que, no obstante esto, la tentacion persevera ó que se aumenta, correrás en espíritu á abrazar la santa cruz, como si delante de tí vieras á Jesucristo crucificado. Protestarás allí que no consentirás en la tentacion, y pedirásle socorro contra ella, y continuarás siempre en la protestacion de no querer consentir mientras la tentacion durare.

Mas haciendo estas protestaciones de no dar lugar al consentimiento, advierte que no mires la cara á la tentacion, sino solo mirarás á nuestro Señor; porque

si mirares la tentación, principalmente cuando es poderosa, podría ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio algunas ocupaciones buenas y loables, porque estas ocupaciones, entrando en tu corazón y tomando en él lugar, rechazarán las tentaciones y sugerencias malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones grandes ó pequeñas, es el desplegar el corazón y comunicar con el maestro y padre espiritual nuestras sugerencias, sentimientos y aficiones; porque la primera condición que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es del silencio, como hacen los que quieren engañar á las mujeres y á las doncellas, que al primer envite las defienden no digan nada ni comuniquen sus proposiciones á los padres ni á los maridos. Pero al contrario, Dios en sus inspiraciones pide sobre todas cosas las comuniquemos con nuestros superiores y confesores.

Y si después de todo esto la tentación persevera en inquietarnos y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar también de nuestra parte en la protesta de no querer consentir; porque, como las doncellas no pueden ser casadas mientras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamás ser ofendida mientras también dijere de no.

No disputes con tu enemigo ni le digas jamás una sola palabra, sino solo la que nuestro Señor le respondió, con la cual quedó confundido: «Véte lejos de mí, Satanás; tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.» Y como la mujer casta no debe responder ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que la solicita y propone alguna deshonestidad, sino antes, volviéndole las espaldas al mismo punto, debe volver su corazón hácia su esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentación, de ninguna manera debe embebecerse en disputar ni responder, sino simplemente volverse hácia Jesucristo, su esposo, protestándole de nuevo su fidelidad, y el ser para siempre toda suya.

CAPITULO VIII.

Que se debe resistir á las pequeñas tentaciones.

Aunque se deben combatir las grandes tentaciones con un ánimo invencible, y que la victoria que desto conseguimos nos es en extremo útil, podría ser por ventura que consiguiésemos aun más provecho en bien combatir y rechazar las pequeñas tentaciones; porque, como las grandes aventajan en calidad á las pequeñas, también las pequeñas aventajan en tanto extremo en número á las grandes, que su victoria puede ser comparada á la de las mayores. Los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas; mas, con todo eso, no nos causan tanta importunidad ni pesadumbre, ni prueban tanto nuestra paciencia. Cosa es fácil el apartarse del homicidio, pero será dificultoso el evitar las pequeñas cóleras, de las cuales las ocasiones se presentan á cada paso. Fácil es á un casado y una casada el no caer en adulterio; mas no será tan fácil el no caer en ciertas señas cuidadosas, en procurar sembrar afición ó recibilla, en intentar granjear voluntades y alcanzar pequeños favores, en decir y oír palabras

tiernas y enamoradas. No es dificultoso el no dar compañero de cama al marido, ni compañera á la mujer cuanto al cuerpo; mas no será tan fácil el no darle cuanto al corazón. Facilidad tiene el no manchar la cama matrimonial, mas no la tendrá el no menoscabar el amor matrimonial. No es dificultoso el no hurtar los bienes ajenos; pero serálo el no deseárselos. Fácil es el no levantar en juicio falso testimonio, pero difícil será el no mentir en conversacion. Con facilidad excusaremos la embriaguez; pero con dificultad usaremos de la sobriedad.

Facilidad tiene el no desear la muerte de otro; pero dificultad el no desearle su incomodidad; fácil es el no disfamarle, mas difícil el no menospreciarle. En fin, estas pequeñas tentaciones de cólera, de sospechas, de celos, de envidia, de amores vanos, de locuras, de vanidades, de duplicidades, de adornos supérfluos, de artificios, de pensamientos deshonestos,—estos son los continuos ejercicios de los que asimismo son más devotos y resueltos. Por esto pues, amada Filotea, es necesario que con gran cuidado y diligencia nos preparemos á este combate; y asegúrate que tantas victorias cuantas ganáremos contra estos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en su santo reino. Por esto, pues, digo que esperando combatir con ánimo y valentía las grandes tentaciones cuando acaso nos vengan, nos es necesario con diligencia y cuidado defendernos de las pequeñas y menores.

CAPITULO IX.

Cómo se han de remediar las pequeñas tentaciones.

Cuanto á estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de congoja, de envidia, de amores vanos y semejantes cosas, que como moscas ó mosquitos pasan por delante de nuestros ojos, picándonos ya en el carrillo y ya en la nariz,—por cuanto es imposible vernos de todo punto libres de su importunidad, la mejor resistencia que se les puede hacer, es el no atormentarnos: porque todo esto no puede ofendernos, aunque en rigor pueda ofender, con tal que tengamos firme resolución de querer servir á Dios.

Menosprecia pues estas pequeñas tentaciones, y no te embebecas solo en pensar lo que las tales quieren decir, sino dejarlas antes volar al rededor de tus orejas, tanto cuanto quieran, y que corran al rededor de tí, como las moscas hacen; con tal que cuando vengan á picarte y las veas que en alguna manera se detienen en tu corazón, no hagas otra cosa sino simplemente quitarlas de tí; no combatiendo con ellas, ni respondiéndolas, sino haciendo acciones contrarias, cualesquiera que sean, principalmente del amor de Dios: porque si quieres creerme, será mejor que no porfies en querer oponer la virtud contraria á la tentación que sintieres, porque esto sería casi querer disputar con ella; sino que después de haber hecho una acción de la virtud, derechamente contraria, si es que has tenido tiempo de reconocer la calidad de la tentación, vuelvas simplemente tu corazón hácia Jesucristo crucificado, y por una acción de amor para con él beses sus sagrados piés. Este es el mejor medio de vencer el enemigo, tanto en las pequeñas como en las grandes

tentaciones; porque el amor de Dios, como contiene en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y más excelentemente que las virtudes mismas, es también un soberano remedio contra todos los vicios; y tu espíritu, acostumbándose en todas tentaciones á esta acción general, no estará obligado á mirar y examinar cuáles tentaciones le inquietan; sino simplemente, hallándose congojado, acudirá á este grande y soberano remedio. El cual, fuera desto, es tan espantoso al espíritu maligno, que cuando ve que sus tentaciones nos provocan á este divino amor, cesa de tentarnos.

Esto es cuanto á las pequeñas y frecuentes tentaciones, con las cuales, quien se quisiese detener por menudo, se cansaría y no haría nada.

CAPITULO X.

Cómo debemos fortificar nuestro corazón contra las tentaciones.

Considera de tiempo en tiempo qué pasiones dominan más de ordinario en tu alma; y habiéndolas descubierto, escogerás una manera de vivir, que les sean de todo punto contrarias en pensamientos, en palabras y en obras. Pongo por ejemplo: Si te sintieses inclinada á la pasión de la vanidad, pensarías á menudo en la miseria desta vida humana, y cuánto sus vanidades serán enojosas á la conciencia el día de la muerte, cuán indignas son de un corazón generoso, pues solo son disparates y embebecimientos de criaturas simples; y semejantes cosas. Hablarás á menudo contra la vanidad; y aunque te parezca que esto sea contra tu corazón, no dejes de menospreciarla, porque por este medio ganarás reputación con la parte contraria; y á fuerza de decir contra alguna cosa, nos movemos á aborrecerla, aunque á los principios mostremos tenerla afición. Haz obras de desprecio y humildad las más veces que pudieres, aunque te parezca ser contra tu gusto; porque por este medio te habituarás á la humildad y disminuirás tu vanidad; y de suerte que cuando venga la tentación, tu inclinación no la podrá del todo favorecer, y tendrás más fuerza para combatirla. Si eres inclinada á la avaricia, pensarás á menudo la locura deste pecado, que nos hace esclavos de lo que no es criado sino para servirnos; y que al fin, cuando llegue la muerte, será necesario soltarlo todo y dejarlo en manos de quien podrá ser que lo sepa muy bien desperdiciar, ó sea causa de su ruina y condenación; y semejantes pensamientos. Hablarás á menudo contra la avaricia, y alabarás mucho el menosprecio del mundo; harás limosnas y obras caritativas, y excusarás algunas ocasiones de adquirir.

Si estuvieres sujeta á enamorar ó ser enamorada, pensarás á menudo cuánto este embebecimiento es peligroso, tanto para tí como para los otros; cuán indigna cosa es el profanar y emplear en pasatiempos la más noble afición que hay en nuestra alma; cuán sujeto está esto al menosprecio de una extrema liviandad de espíritu. Hablarás siempre en favor de la pureza y simplicidad de corazón, y usarás lo más que te sea posible de acciones conformes á esto, evitando todas afectaciones y palabras enamoradas.

En fin, en el tiempo de paz, esto es, cuando las tentaciones del pecado á que te hallares sujeta no te

apretaren, usarás entonces de acciones de la virtud contraria; y si las ocasiones no se te presentaren, irás á buscarlas, porque por este medio fortificarás tu corazón contra la tentación futura.

CAPITULO XI.

De la inquietud.

La inquietud no es una simple tentación, sino un origen, del cual y por el cual proceden muchas tentaciones. Diré pues algo acerca desto. La tristeza no es otra cosa sino el dolor de espíritu que tenemos del mal que está en nosotros contra nuestro gusto, ya sea el mal exterior, como pobreza, enfermedad, ó menosprecio; ya sea interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia ó tentación. Cuando el alma conoce pues que tiene algún mal, siéntelo; y de aquí le nace la tristeza, deseando al mismo punto librarse del mal, y procurando los medios para defenderse dél. Y hasta aquí tiene razón; porque naturalmente cada uno desea el bien y huye lo que piensa estarle mal.

Si el alma busca los medios para librarse de su mal por el amor de Dios, buscarálos entonces con paciencia, mansedumbre, humildad y tranquilidad, esperando su libertad, más de la bondad y providencia de Dios, que de su pena, industria ó diligencia. Si busca su libertad por el amor propio, se congojará y fatigará en buscar los medios, como si este bien dependiese más della que de Dios. Y no digo yo que ella piense esto, mas digo que se congojará como si lo pensase.

Si no halla luego lo que desea, cae en grande inquietud y impaciencia; lo cual, no quitando el mal precedente, antes aumentándole por el contrario, entra el alma en una congoja y tristeza increíble, con un fallecimiento de ánimo y fuerzas, que le parece ya su mal no tener más remedio. Bien ves pues que la tristeza (la cual al principio es justa) engendra la inquietud, y la inquietud engendra después un crecimiento de tristeza, que es en extremo peligrosa.

La inquietud es el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado; porque como las sediciones y alborotos interiores de una república, la arruinan totalmente, y la estorban que no pueda resistir al extraño,—así nuestro corazón, estando alborotado y inquieto en sí mismo, pierde las fuerzas de mantener las virtudes que había adquirido, y asimismo el medio de resistir á las tentaciones del enemigo: el cual entonces procura con todas sus fuerzas pescar, como dicen, en agua turbia.

La inquietud procede de un deseo desordenado de librarnos del mal que sentimos, ó de conseguir el bien que nos deseamos. Y no obstante esto, no hay cosa que empeore más el mal, y que aleje más el bien que la inquietud y congoja.

Los pájaros quedan presos en las redes y lazos, porque hallándose ya empeñados en ellos, trabajan y forcejan cuanto pueden para escaparse; con lo cual antes tanto más se enredan y enlazan. Cuando tuvieses pues deseo de librarte de algún mal, ó de llegar á algún bien, pondrás ante todas cosas tu espíritu en reposo y tranquilidad, y asentarás el juicio y la voluntad, y después con blandura y dulzura procurarás el fin de tu deseo, tomando por orden los medios que serán